

UNA CATEQUESIS PROFETICA ABIERTA AL TERCER MILENIO

Antonio González Dorado

INTRODUCCION

Megatendencias históricas y catequesis profética

Pastoralmente es importante reflexionar sobre la catequesis, teniendo como trasfondo el nebuloso futuro del tercer milenio, por las incidencias inmediatas que puede tener sobre nuestros catecumenados actuales. El tercer milenio ya se encuentra de alguna manera presente en la última década de nuestro siglo, cuestionando la formación que estamos impartiendo a los cristianos de hoy y, especialmente a los más jóvenes.

En efecto, el misterioso futuro, sin renunciar nunca a su oculta originalidad, de alguna manera se encuentra condicionado ya por los dinamismos creativos y generativos de nuestro presente, a los que sugerentemente ha denominado Naisbitt con el nombre de *megatendencias*. Desde esta perspectiva, aunque borrosamente, la imagen del futuro penetra en nuestro presente, lo que nos permite ciertos niveles de previsión e incluso de intervención en los procesos generadores del mañana. La generación actual tiene sus responsabilidades peculiares sobre el futuro como aparece, por ejemplo, en el sector de la ecología.

Esta necesaria y contingente conexión entre el presente y el futuro desencadena una especial responsabilidad en el campo de la educación y de la pedagogía. Se tiene que colaborar hoy en el proceso de formación de una juventud para que sea capaz de vivir y crear su futuro, deseando que ellos y su mañana alcancen a ser más humanos que nosotros y que nuestro presente histórico.

Dentro de la comunidad eclesial, la catequesis constituye una etapa inicial y fundamental de la formación cristiana, que normalmente se ha de desarrollar con especial intensidad con la juventud. Mediante ella se pretende formar al joven cristiano de hoy, capacitándolo para vivir y crear el mañana cristiano de su futuro.

El Nuevo Testamento nos confirma esta comprensión de la catequesis. Del discipulado de Jesús y con la fuerza del Espíritu surgieron unos hombres que, tras la desaparición histórica del Maestro, fueron capaces de enfrentar cristianamente su vida en un nuevo contexto histórico, y de colaborar en la fundación de Iglesias originales e inéditas, como aparece en los Hechos de los Apóstoles. Curiosamente, Jesús en la despedida de sus discípulos, una vez terminada su gran catequesis histórica, les dice abiertamente que “os conviene que yo me vaya”, aunque con la promesa de que entonces les enviará al Espíritu (Jn 16,7). Les asegura que el Espíritu los irá guiando en su futuro y “os interpretará lo que vaya viniendo” (Jn 16,13). Incluso llega a afirmarles que “harán obras como las mías y aún mayores” (Jn 14,12).

Podemos decir que el discipulado de Jesús, manteniendo la radicalidad del seguimiento, no tenía como objetivo el congelar a sus discípulos en un prolongado e inamovible hoy. Los formó para vivir y crear una compleja y futura realidad cristiana, prevista por el Padre en su amplia visión de la historia, pero imprevisible para los discípulos israelitas, aunque ya vivían inconscientemente en ese nuevo momento dinámico de la historia. La catequesis de Jesús fue esencialmente *profética*: no sólo porque comunicaba la vida y la palabra de Dios, sino también porque preparó a sus catecúmenos como protagonistas creativos de las futuras Iglesias en la compleja y dinámica realidad del Imperio Romano.

También hoy, tanto en nuestro mundo como al interior de la Iglesia, subyacen fuertes megatendencias transformadoras, a las que teológicamente se las ha denominado como signos de los tiempos e, incluso, como signos de Dios. Ellas, como en el caso del ciego curado por Jesús - “veo la gente; me parecen árboles que andan” (Mc 8,24), nos muestran difusamente el rostro del mundo futuro y de nuestra futura Iglesia. Nuestros catecúmenos de hoy se encuentran o deberían encontrarse sensibilizados por tales megatendencias -signos de los tiempos o signos de Dios-, ya que viven envueltos en medio de ellas. Tales megatendencias -evangélicamente discernidas- y con el apoyo creativo del Espíritu Santo, capacitan a los actuales catecúmenos para ser los protagonistas fieles y creadores del futuro católico y cristiano en medio de un mundo nuevo, al que algunos ya comienzan a calificar como una era nueva de la humanidad o como una tercera ola de la historia.

La catequesis actual ha de ser básicamente profética, similar a la que desarrolló Jesús y las primitivas comunidades cristianas, dado que

el género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. (...) Tan eso es así, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redundará también sobre la vida religiosa (GS 4).

Para un mundo nuevo en gestación es necesaria una Iglesia nueva, rejuvenecida y adaptada, según las expresiones de Pablo VI en la *Ecclesiam suam*; para la promoción de dicha Iglesia hacen falta cristianos nuevos y creativos o, con la expresión de Juan Pablo II, “nuevos en su ardor, en sus métodos y en su expresión”; y no tendremos dichos cristianos sin una catequesis profética, absolutamente fiel al Evangelio y, por ese mismo motivo, sensibilizada a las actuales megatendencias humanas y eclesiales, y abierta a los previsibles desafíos del tercer milenio.

Serían errores muy graves de nuestra catequesis si permaneciera anclada en las añoranzas del pasado, diciendo a la tentación del involucionismo, o si quedara extraña a las megatendencias humanas y eclesiales que anuncian el futuro, y en las que se hacen presentes los signos de los tiempos y los signos de Dios.

Megatendencias actuales

Un problema clave, que es necesario intentar resolver, en orden a la orientación aproximada de una catequesis profética, es la clarificación de las megatendencias predominantes en los procesos históricos de las últimas décadas, aunque lógicamente procedentes de largas raíces que se sumergen en el pasado.

Creo que, para nuestros objetivos, podemos agruparlas en tres grandes grupos:

Primer grupo: megatendencias desencadenadas por el acelerado y geométrico desarrollo del conocimiento científico-técnico en todos los ámbitos de la realidad, que tienden a configurar un nuevo modo de la existencia, de la convivencia y de la vida.

Segundo grupo: megatendencias conectadas con el surgimiento de un nuevo humanismo planetario, que cada día se impone con mayor fuerza y con mayores novedades, impulsado por los procesos de unificación de toda la humanidad y del estrechamiento de las dependencias mutuas entre los distintos sectores y regiones humanas. Se trata de un humanismo de futuro y poco definido que algunos, con una evidente vaguedad terminológica, comienzan a cualificar como postmoderno. Es un humanismo que todavía se balancea inestablemente entre la opción por la comunión y la opción por la dialéctica agresiva. Clama por la proclamación universal de la dignidad de la persona humana y por el respeto a los derechos fundamentales de todo hombre y de todo grupo humano. Pero simultáneamente se encuentra tensionado y cuarteado por dos grandes sectores socio-culturales: el de las culturas de los satisfechos, según la reciente expresión formulada por John Kennet Galbraith, y el de las culturas de la pobreza, descubiertas hace algunos años por Oscar Lewis. Como todo

humanismo, que sea auténticamente nuevo, tiene su incidencia en la dinámica de la vida religiosa (GS 4).

Tercer grupo: megatendencias intraeclesiales. Estas tendencias han iniciado su desarrollo en el interior de las comunidades, al tomar la Iglesia conciencia, crítica y autocríticamente, de su actual presencia en un mundo nuevo y distinto al anterior, al que, desde su perspectiva, ha pretendido comprenderlo con la categoría de la secularización. Dos corrientes principales y complementarias han aflorado durante estos años en lo más profundo de la Iglesia: la vuelta a la originalidad del Evangelio y de su tradición, en cuento que ella es dinamismo de fidelidad y de continua creatividad, y la exigencia de adaptación evangélica al contexto del nuevo mundo adveniente.

Una catequesis que, por fidelidad a Jesús, pretenda ser profética ha de tener en cuenta y asumir todo el complejo univeso de estas megatendencias que marcan de alguna manera el devenir del futuro. Es lo que pretende asumir y enfrentar la totalidad de la ponencia. A mí sólo me corresponde el reflexionar sobre las megatendencias eclesiales y su incidencia en la catequesis, aunque mantienen una estrecha relación con las restantes y no menos importantes.

En nuestro reducido ámbito no dudo que jugamos con una ventaja: la abundante documentación y reflexión que durante estos años se ha producido en la Iglesia, sobresaliendo el Concilio Vaticano II, con los posteriores documentos, y el proyecto de la Nueva Evangelización que pretende abrir a la Iglesia a los desafíos del tercer milenio. Es sugerente la relectura de estas nuevas realidades eclesiales desde la clave de las megatendencias: surgen como semillas de un futuro cristiano que progresivamente se ha de ir configurando. Pero son semillas con capacidad para cuestionar el nivel de profetismo de nuestra catequesis actual.

1. LA CATEQUESIS EN EL CONTEXTO DE LA EVANGELIZACION

Antes de adentrarnos más profundamente en nuestro tema, creo que es importante el recordar que la catequesis actualmente ha de ser comprendida como un momento cualificado de la misión evangelizadora de la Iglesia, como indicaba Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi* (EN 17,44), incluso resaltando que

sin necesidad de abandonar de ninguna manera la formación de los niños, se viene observando que las condiciones actuales hacen cada día más urgente la enseñanza catequética bajo la modalidad de un catecumenado para un gran número de jóvenes y adultos que, tocados por la gracia, descubren poco a poco la figura de Cristo y sienten la necesidad de entregarse a él (EN 44).

La naturaleza evangelizadora de la catequesis y la necesidad actual de que sea impartida a los jóvenes e incluso a los adultos, vienen a confirmar sus objetivos tradicionales y a subrayar las exigencias proféticas con las que ha de realizarse.

El dinamismo evangelizador confirma los objetivos de la catequesis

Siempre se han considerado tres objetivos fundamentales de la catequesis: la maduración y formación de la fe de los catecúmenos, la asimilación del estilo de vida cristiana, y su incorporación plena en la comunidad eclesial.

Ellos constituyen una parte esencial de los objetivos propuestos por Pablo VI para la proclamación kerygmática:

El anuncio no adquiere toda su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón. Adhesión a las verdades que en su misericordia el Señor ha revelado, es cierto. Pero más aún, adhesión al programa de vida - vida en realidad ya transformada- que él propone. En una palabra, adhesión al reino, es decir, al mundo nuevo, al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos, que inaugura el evangelio. Tal adhesión que no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, se revela concretamente por medio de una entrada visible en una comunidad de fieles (EN 23).

Exigencias de adaptación de la catequesis

Si la catequesis evangelizadora - y no meramente instructiva - clarifica los objetivos que ha de tener presentes el catequista, exige también una adaptación teniendo en cuenta la realidad existencial de los catecúmenos, el modelo de Iglesia al que se ha de integrar, y las luces y sombras del ambiente socio-cultural en que viven y han de vivir.

La historia de la catequesis es testigo de los grandes procesos de adaptación que ha enfrentado, principalmente al encontrarse con nuevos ambientes socio-culturales, como aconteció en la evangelización del mundo eslavo y en la del continente americano, o con cambios profundos en zonas tradicionalmente cristianas, como ocurrió durante la época de la Reforma. Es el desafío que nuestra época vuelve a plantearle.

Responder a este desafío satisfactoriamente no es fácil, dado que no nos encontramos en un paisaje ya estabilizado, sino en un período de grandes y acelerados cambios, característicos de un proceso de gestación. Sabemos que caminamos hacia una nueva configuración del mundo, hacia un nuevo humanismo y hacia un nuevo modelo de Iglesia. Así lo confirman las megatendencias

claramente presentes e impulsivas en el seno de cada una de estas realidades.

Sin embargo hoy, a nivel de Iglesia, nos encontramos ya con algunas importantes orientaciones con relación a nuestra tema.

2. PROMOCION DE UNA CATEQUESIS PROFETICA EN EL DECRETO *AD GENTES*

El Concilio Vaticano II es un testimonio cualificado de las transformaciones positivas que se desarrollan en la Iglesia gracias a las nuevas megatendencias que, de diferentes maneras y por distintos caminos, el Espíritu Santo ha sembrado en su seno.

En efecto, el Vaticano II es el resultado de un largo y complejo proceso que, aproximadamente, se inicia durante el pontificado de León XIII y que será fundamentalmente recogido y encauzado por Juan XXIII y Pablo VI. Supuso una renovación y un cambio profundos de una milenaria mentalidad eclesial, promoviendo nuevas orientaciones teológicas, pastorales y evangelizadoras más adaptadas a la realidad y a la mentalidad de nuestro mundo actual.

Lógicamente en este contexto, quedó también afectada la catequesis, instrumento privilegiado para el desarrollo de la Iglesia y de la nueva realidad eclesial abierta por el Concilio como un gran proyecto. El tema fue especialmente tratado en el Decreto *Ad Gentes* (nn.13-15).

Transcendencia paneclesial de las orientaciones catecumenales del *Ad Gentes*

El Decreto *Ad Gentes* directamente abordaba la actividad misionera en aquellos países "extranjeros" -con relación a las zonas o continentes mayoritariamente cristianos- que se han solido denominar como tierras de misión. En dicho contexto se aportaban diversas orientaciones para los catecumenados.

Pero, creo que dichas aportaciones adquieren una transcendencia paneclesial, si se tienen en cuenta dos circunstancias de nuestro mundo actual.

La primera es que la situación de misión se ha generalizado a todos los continentes, incluso a los que tradicionalmente se han considerado como cristianos. Ya denunciaba el hecho, en la década de los cuarenta, Godin en su célebre libro *Francia país de misión*. Hoy esta realidad es mucho más evidente, por ejemplo en Europa, dada la propagación del secularismo y el surgimiento de comunidades religiosas no cristianas, bien por la incorporación a ellas de los propios europeos, bien por las cada vez más masivas inmigraciones de otros continentes. Algunos teólogos hablan ya de la Iglesia en diáspora.

Otra segunda circunstancia, y no menos importante, es el nuevo modelo de Iglesia impulsado por el Vaticano II. Esto sitúa a todas las comunidades cristianas en una necesaria situación neocatecumenal, prevalentemente profética, dócil al movimiento impulsado por el Espíritu y abierto a la edificación común de un nuevo futuro eclesial. Pablo VI ha considerado esta actitud neocatecumenal como un proceso de autoevangelización eclesial:

El Concilio Vaticano II ha recordado (AG 5, 11-12) y el Sínodo de 1974 ha vuelto a tocar insistentemente este tema de la Iglesia que se evangeliza, a través de una conversión y una renovación constantes, para evangelizar al mundo de manera creíble (EN 15).

Tres puntos de referencia para una catequesis profética

Dada la actual situación de progresiva transformación de la propia Iglesia, impulsada por profundas megatendencias reconocidas como válidas por el propio Concilio Vaticano II, y teniendo en cuenta las orientaciones dadas por el Decreto *Ad gentes*, una catequesis profética abierta al futuro ha de tener en cuenta tres puntos de referencia: la maduración de la fe de los catecúmenos, su presencia encarnada en la cultura emergente, y su capacitación para colaborar responsablemente en la construcción de una Iglesia renovada y adaptada.

El primer punto de referencia es la maduración de la fe de los catecúmenos. Dentro de un ambiente pancristiano, característico de la época de cristiandad, esta función estaba en su mayor parte delegada al propio contexto social, lo que explica que en muchos lugares la catequesis parroquial se la designara con el sinónimo de doctrina. Hoy una catequesis profética exige que a los catecúmenos se les considere primariamente como conversos o neoconversos que necesitan iniciar un camino espiritual que los introduce "en el misterio del amor de Dios, que los llama a iniciar *una comunicación personal consigo mismo en Cristo (...)*, trayendo consigo esta tránsito un *cambio progresivo de sentimientos y costumbres*" (AG 13). Esta orientación dada por el Concilio sintoniza quizás con la nota más característica de la nueva religiosidad del actual humanismo emergente. El hombre postmoderno, frente al hecho religioso, necesita el acontecimiento de su experiencia personal de comunicación con Dios. Exige haber experimentado la conversión, que justificará su libre encuadramiento en una determinada comunidad religiosa. El decreto *Ad Gentes* indica expresamente que

los que han recibido de Dios, por medio de la Iglesia, la fe en Cristo, sean admitidos con ceremonias religiosas al catecumenado, que no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado convenientemente prolongada de la vida cristiana, en que los discípulos se unen con Cristo, su Maestro (AG 14).

Un segundo punto de referencia para la catequesis profética es que ha de

proceder de tal manera que los catecúmenos en ningún momento se sientan arrancados de su natural contexto social-cultural. Ciertamente que en dicho ambiente ha de surgir el cristiano como un hombre nuevo, pero de tal manera que

ellos tienen que conocer esta cultura, restaurarla y conservarla, desarrollarla según las nuevas condiciones y, por fin, perfeccionarla en Cristo, para que la fe de Cristo y la vida de la Iglesia no sea ya extraña a la sociedad en que vive, sino que empiece a penetrarla y transformarla (AG 21).

Teológicamente el decreto fundamenta esta orientación haciendo una referencia al misterio de la Encarnación (AG 22). Los catecúmenos se han de formar mirando al futuro, abiertos para colaborar en el desarrollo de la cultura actual teniendo en cuenta las nuevas condiciones y megatendencias.

Tercer punto de referencia: La catequesis profética ha de tener en cuenta que los catecúmenos no se incorporan a una Iglesia ni abstracta ni estática, sino en pleno proceso de renovación y de adaptación, de transformación teniendo en cuenta la nueva mentalidad eclesial y las nuevas orientaciones aportadas por el Vaticano II como un desafío de cara al futuro. El documento habla ya de una Iglesia inflamada de espíritu apostólico, ministerial y laical, ecuménica (AG 15), colaboradora en la recta ordenación de los asuntos económicos y sociales (AG 12), dialogadora (AG 11), pluri-inculturada, ya que los cristianos "no son distintos de los demás hombres ni por el régimen, ni por la lengua, ni por las instituciones políticas de la vida" (AG 15).

Consecuencias operativas

A partir de estos puntos de referencia, el decreto *Ad Gentes* apunta con claridad algunas consecuencias operativas, que son fáciles de aplicar a una catequesis profética.

Sobresale la necesidad y la nueva configuración del catecumenado, al que ha de acceder las personas libremente (AG 13), como comunidad de formación y noviciado de vida cristiana (AG 14).

Se destaca al catequista como lleno de espíritu apostólico, formado doctrinal y espiritualmente, adaptado al progreso cultural (AG 17) y, lógicamente en sintonía con el nuevo modelo de Iglesia.

Los contenidos propios de la catequesis, en cada gran territorio socio-cultural, se han de transmitir reflexionados y expresados en las propias categorías vivenciales y culturales de los catecúmenos. Así se tendrá el camino para que la fe pueda llegar a su inteligencia,

teniendo en cuenta la filosofía y la sabiduría de los pueblos, y de qué forma

pueden compaginarse las costumbres, el sentido de la vida y el orden social con las costumbres manifestadas por la divina revelación. Con ello se descubrirán los caminos para una acomodación más profunda en todo el ámbito de la vida cristiana (AG 22).

Lógicamente, la presentación de la Iglesia en estos mismos contenidos, ha de estar marcada por las tendencias confirmadas por el Vaticano II, orientando caminos a recorrer y horizontes del futuro a alcanzar.

3. LA NUEVA EVANGELIZACION EXIGENCIA DE UNA CATEQESIS PROFETICA

Desde el Vaticano II hasta nuestros días hemos superado la barrera de los 25 años y nos encontramos ya próximos a la inauguración del tercer milenio. Durante este tiempo, las megatendencias históricas, tanto socio-culturales como eclesiales, apuntadas por el Concilio se han ido consolidando y mostrando sus resultados a través de acontecimientos y nuevos problemas, que en su existencialidad concreta eran imprevisibles.

A nivel socio-cultural la conciencia de la integración y de dependencia de toda la humanidad se ha generalizado, inaugurándose la comprensión del planeta como la casa común de toda la familia humana, destacándose los valores de la libertad, de la solidaridad y de la paz. Los filósofos y culturalistas han comenzado a hablar de la postmodernidad, imponiendo cambios y rectificaciones importantes a la plurisecular modernidad. La inesperada caída del muro de Berlín, con todas sus consecuencias posteriores, ha planteado nuevas realidades y comprensiones de la organización política, hablándose de la necesidad de un nuevo orden mundial. El predominante progresivo secularismo se ha encontrado de pronto interpelado y contestado por el surgimiento de la nueva religiosidad, expresada de mil maneras diferentes y en todos los ámbitos.

También durante estos años la Iglesia ha vivido una densa y compleja historia tanto interna como externamente. Era más fácil abrir caminos, reconocer tendencias y abrir nuevos horizontes, que su realización histórica y existencial. Han sido años de avances desiguales y de conflictividad, similares a los de los Hechos de los Apóstoles. Todavía nos encontramos dentro de ese complicado proceso, aunque siempre con la confianza de que el Espíritu vive dentro de su Iglesia, impulsándola a una renovación y adaptación más evangélicas y más profundas.

En estas circunstancias surge el proyecto de la Nueva Evangelización que, a mi juicio, ofrece algunas orientaciones importantes para nuestra necesaria catequesis profética.

El proyecto de la Nueva Evangelización

El proyecto de la Nueva Evangelización, sugerido a todas la Iglesias por las latinoamericanas de los últimos años, se oficializa durante la década de los ochenta.

Pretende recoger, como su gran herencia, las enseñanzas y las orientaciones del Concilio Vaticano II, reconociendo que en él el Espíritu Santo habló a su Iglesia (RH 3), con el objetivo de “renovar la vida y la actividad de la Iglesia según las necesidades del hombre contemporáneo” (RM 1). Naturalmente la herencia no se reduce a unos documentos, sino que ya es portadora de una experiencia y de una historia posteriores, que muestran las primeras etapas de su caminar, no exentas de dificultades y de tensiones (RH 4), como era previsible.

El horizonte del proyecto es el futuro, el tercer milenio, teniendo en cuenta la cercanía del año dos mil, aunque sea

difícil decir en estos momentos lo que este año indicará en el cuadrante de la historia humana y cómo será para cada uno de los pueblos, naciones, países y continentes, por más que ya desde ahora se trate de prever algunos acontecimientos (RH 1).

Su objetivo central y operativo es el mismo que planteaba el Vaticano II, luminosamente sintetizado por Pablo VI: “Hacer a la Iglesia del siglo XX más apta todavía para anunciar el Evangelio a la humanidad de este siglo” (EN 2). Hoy la Nueva Evangelización habla también del siglo XX. Juan Pablo II ha confirmado este objetivo recientemente en la *Christifidelis laici* (ChL 34) y posteriormente en la *Redemptoris missio* (RM 1).

Teniendo en cuenta este cuadro fundamental de referencia para la comprensión de la Nueva Evangelización, podemos afirmar que ella pretende impulsar el dinamismo renovador y transformador, las megatendencias, presentes en nuestra Iglesia, teniendo simultáneamente en cuenta la realidad y las megatendencias de nuestra historia actual.

Lógicamente, la catequesis actual debe asumir en su interior el dinamismo propio de la Nueva Evangelización, y ha de orientarse de tal modo que los catecúmenos al encuadrarse en la Iglesia se sientan incorporados espiritual y activamente a la realización progresiva y futura del proyecto.

Es una responsabilidad de los catequetas el reflexionar sobre la catequesis de hoy en el contexto de la Nueva Evangelización. Y los catequistas, en orden al ejercicio de su ministerio, deberían interiorizar el proyecto y conocerlo, asumiendo las consecuencias que tiene en los contenidos a transmitir, en los

métodos y expresiones a emplear, y en las actitudes cristianas actualizadas a generar.

No es esta la ocasión para desarrollar y exponer el proyecto. Pero creo que nos puede ser útil para nuestra reflexión el recordar, a través de un contraste dialéctico, algunas de las megatendencias impulsadas por la Nueva Evangelización con relación a la Iglesia.

Megatendencias eclesiales en la Nueva Evangelización

Sólo pretendo destacar algunas de las megatendencias eclesiales que deberían ser más tenidas en cuenta por una catequesis profética, abierta a nuestro futuro inmediato, apuntando muy sintéticamente sus contenidos.

Hacia una nueva mentalidad eclesial

Juzgo que este punto es fundamental tanto para la comprensión de la Nueva Evangelización como para la orientación de una catequesis profética. El tema lo he tratado con una cierta amplitud en mi artículo "La Nueva Evangelización y la mentalidad eclesial" (Medellín 70-A (1992) 307-320).

El Vaticano II inaugura oficialmente un cambio de mentalidad eclesial, que simplificadaamente podemos contraponer a las mentalidades de cristiandad y de controversias, que han predominado durante el segundo milenio.

Implica una nueva comprensión teológica de la realidad social, cultural e histórica, y de la presencia y de la misión de la Iglesia en dicho contexto. Esto implica las novedosas orientaciones dadas por el Concilio sobre las relaciones Iglesia y Mundo, e incluso sobre las relaciones internas dentro de la propia Iglesia y sobre nuevas formas de su realización.

Una Iglesia evangelizadora

La consecuencia más importante de este cambio de mentalidad la ha subrayado con toda claridad Pablo VI: "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (EN 14).

Aquí se advierte un importante paso de una Iglesia prevalentemente preocupada por la conservación y el proteccionismo, en actitud defensiva, a la audacia de una Iglesia evangelizadora en cualquier tipo de circunstancias, ambientes y culturas.

Es importante anotar el enriquecimiento que se produce sobre la comprensión y los objetivos de la misión evangelizadora, superando ciertos

reduccionismos (EN 17-39), y subrayando la importancia de la evangelización de la cultura y de las culturas por diferentes y nuevas que sean (EN 18-20).

Por último, es fundamental la coincidencia que se establece entre ser cristiano y la vocación evangelizadora: "La Iglesia entera es misionera" (EN 59-73).

La Nueva Evangelización exige hoy de la catequesis que sea fragua de evangelizadores, como lo fue el discipulado de Jesús.

Una Iglesia testimonialmente creíble e inteligible

Siguiendo el pensamiento de Pablo VI, tendremos que afirmar que la catequesis no sólo ha de tener como objetivo el transformar a los catecúmenos en evangelizadores, sino también en evangelizadores *aptos* para transmitir el Evangelio a los hombres actuales y a las generaciones inmediatamente futuras. Se trata de una aptitud que ofrezca la imagen de un Jesús y de una Iglesia creíbles e inteligibles.

Para conseguir estos objetivos es necesario atender a dos aspectos fundamentales y estrechamente conectados entre sí: el testimonio y el lenguaje.

Haciendo referencia a la importancia del testimonio en nuestra cultura actual, Pablo VI afirmaba que "el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio" (EN 41). El Documento de Puebla también indicaba la prioridad que actualmente tienen los modelos sobre las teorías (DP 272-273). Por eso, "la Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio" (EN 21).

No es el momento de enfrentar tan complejo tema. Pero quiero resaltar algunos aspectos del testimonio más necesarios y acordes para hoy y nuestro futuro.

En el contexto de un mundo en el que domina el secularismo, el legítimo pluralismo religioso, y en el que comienza a surgir la búsqueda de una nueva religiosidad, es necesario que el cristiano dé un abierto testimonio alegre y liberador del acontecimiento de fe y de su profunda experiencia religiosa:

Evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, del Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. (...) Para muchos, es posible que este testimonio de Dios evoque al Dios desconocido, a quien adoran sin darle un nombre concreto, o al que buscan por sentir una llamada secreta en el corazón, al experimentar la vacuidad de los ídolos. Pero este testimonio resulta plenamente evangelizador cuando

pone de manifiesto que para el hombre el Creador no es un poder anónimo y lejano: Es Padre (...) y, por tanto, somos hermanos los unos a los otros, en Dios (EN 26).

Un segundo aspecto de nuestro mundo actual es el elevadísimo número y diferentes clases de víctimas que en él se producen por los mecanismos culturales y estructurales de pecado, como ha denunciado y descrito Juan Pablo II en la *Sollicitudo rei sociales*. Es una realidad evidentemente contradictoria, ya que en nuestras megatendencias culturales sobresale la afirmación de la dignidad de la persona humana y de sus derechos fundamentales. Frente a este hecho es fundamental el testimonio cristiano, con todas las consecuencias, la opción preferencial por los pobres y las víctimas, sin exclusión de ninguna de ellas. Este testimonio lo sitúa Pablo VI en el centro de los signos cristianos y evangélicos (EN 12), cuando se encuentra unido con el dinamismo y el compromiso de una liberación integral (EN 29-39), y cuando, como consecuencia, "los pequeños, los pobres son evangelizados, se convierten en discípulos de Jesús, se reúnen en su nombre en la gran comunidad de los que creen en él" (EN 12). Es el fenómeno que se ha desencadenado, con esperanza, en las Iglesias de América Latina. Con relación a nuestro mundo mediterráneo, no se si con acierto o con desacierto, un periodista español afirmaba que actualmente el islam se está transformando en la religión de los pobres, tomando el relevo de lo que fue la Iglesia en sus orígenes. Sus palabras me hacían recordar las de Juan XXIII cuando hablaba de la Iglesia de los pobres.

Hoy es característica de nuestro mundo su desvinculación del pasado y su decidida actitud de apertura al futuro, con la decisión de vivir siempre en y de cara al progreso, por lo que descalifica las posturas que considera conservadoras. En dicho ambiente, es fundamental, siguiendo el espíritu desarrollado en la epístola a los Efesios, de una Iglesia sin miedo a la novedad, que apuesta por el desarrollo integral y humano de la sociedad (EN 31, PP), teniendo en cuenta la promoción de la comunidad de los pueblos y el fomento de la paz (GS 77-90), y el proyecto histórico y escatológico de Dios Padre (Ef 1,8-10; 2,11-22). No podemos olvidar la palabra de Jesús en el Apocalipsis: "Todo lo hago nuevo" (Ap 21,5). Se trata de testimoniar históricamente este espíritu.

Esta exigencia actual del testimonio se encuentra estrechamente unido con la necesidad de promover en la Iglesia unas nuevas expresiones y un nuevo lenguaje para testimoniar y transmitir su mensaje. La evolución cultural implica siempre una transformación del lenguaje, que "debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico o literario cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural" (EN 63). Pablo VI reconocía que "la evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su 'lengua', sus signos y símbolos, *si no responde a los problemas que plantea*; no llega a su vida concreta" (EN 64). Más aún, es necesario que dicho lenguaje penetre en la misma vida interna de la Iglesia, aunque

dicho trasvase hay que hacerlo con el discernimiento, la seriedad y la competencia que exige la materia, en el campo de las expresiones litúrgicas, pero también a través de la catequesis, la formulación teológica, las estructuras eclesiales secundarias, los ministerios (EN 64).

Esto sólo puede lograrse a través de “un vivo intercambio entre la Iglesia y las diversas culturas” (GS 44), y de un constante diálogo con la nueva cultura emergente, ya propuesto en la *Ecclesiam suam*.

Es fácil descubrir la conexión que estos temas mantienen con la exigencia de la inculturación, que supera el modelo de una Iglesia homogenizada y estabilizada en el pasado, por el de una Iglesia pluriforme y dinámicamente evolutiva, aunque manteniendo siempre su unidad y su fidelidad radical al Evangelio.

Una Iglesia fraternal y apostólica

La megatendencia democrática y afirmativa de los derechos de la persona humana ha incidido también en la nueva mentalidad eclesial, orientando la búsqueda de comprensión y organización de la comunidad y de la Iglesia, sin traicionar su propia originalidad.

De hecho, la interpretación y organización de la Iglesia quedaron muy condicionadas, durante el segundo milenio, por la cultura medieval a través de las categorías del clero y de la monarquía, desencadenando el fenómeno del clericalismo, que hoy se encuentra agudamente cuestionado.

Respetando todos los datos fundamentales del Nuevo Testamento, creo que actualmente la Iglesia avanza a un modelo de comunidad fraternal, que se organiza, bajo el impulso del Espíritu, pluricarismática, pluriministerial y apostólicamente. Con esta última palabra pretendo hacer una referencia específica al grupo de los Apóstoles, que de alguna manera se prolonga y hace presente en la Iglesia a través de los siglos.

La eclesiología del Vaticano II fue especialmente sensible a esta megatendencia, reflejándola en la revisión del lenguaje generalizado anteriormente, y mediante la incorporación de nuevas expresiones. Así superó el reduccionismo clerical y jerárquico que se le había dado a la palabra Iglesia durante la Edad Media, aplicándolo de nuevo a la totalidad del Pueblo de Dios, sin excepción de ninguno de sus miembros. Inauguró el término de colegialidad. Insistió en la importancia de la comunión, de la participación y de la corresponsabilidad con una promoción del diálogo intraeclesial a todos los niveles y en todas las direcciones etc.

Una de las mejores síntesis de este programa ha sido elaborada por el

Documento de Puebla, teniendo a la vista los cambios sociales y culturales:

Cada comunidad eclesial debería esforzarse para constituir para el continente un ejemplo de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente contra el mismo hombre (DP 273).

Es evidente que la Iglesia, dada su originalidad, no puede ofrecer ni asimilar un modelo unívoco con el de la sociedad, sino sólo analógico. Pero es clara la preocupación por la promoción de un modelo en sintonía inteligible con los de la sociedad actual, e incluso con fuerza ejemplar evangelizadora en orden a su perfeccionamiento más humano.

Operativamente ya se han dado algunos pasos en esta dirección, como lo recogió Juan Pablo II en su primera encíclica (RH 5). Pero mirando hacia el futuro son todavía muchos los desafíos que hay que enfrentar, muchos de ellos llenos de preguntas e interrogaciones, que el tiempo y el Espíritu irán desvelando y resolviendo.

Pero quizás, una de las experiencias logradas y sugerentes, especialmente con relación a los laicos, que han de continuar ganando protagonismo en la Iglesia, es el surgimiento de las comunidades eclesiales de base o de las pequeñas comunidades (EN 58). Quizás se las pueda considerar como las primeras realidades pedagógicas de las que una catequesis profética tiene mucho que aprender.

Una Iglesia impulsada por el Espíritu del Señor

La Nueva Evangelización prioriza en la Iglesia la experiencia del Espíritu y la docilidad a él. Magistralmente proclamaba Pablo VI que

el Espíritu es el agente principal de la evangelización: él es quien impulsa a cada uno y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la palabra de la salvación. Pero se puede decir igualmente que él es el término de la evangelización: sólo él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización: sólo él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelización querría provocar en la comunidad cristiana. A través de él,

la evangelización penetra en los corazones, ya que él es el que hace discernir los signos de los tiempos -signos de Dios- que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia (EN 75).

Y añadía:

Exhortamos a todos y cada uno de los evangelizadores a invocar constantemente con fe y fervor al Espíritu Santo y a dejarse guiar prudentemente por él como inspirador decisivo de sus programas, de sus iniciativas, de su actividad evangelizadora (EN 75).

No es extraño que, tras esta profesión de fe, Pablo VI, reclamara para esta nueva etapa de la evangelización -tanto al interior como al exterior de la Iglesia- lo que vivencialmente denominó "el fervor de los santos" (EN 80), y que Juan Pablo II haya propuesto repetidas veces como condición básica para la Nueva Evangelización el surgimiento pentecostal en la Iglesia de "un nuevo ardor". Al comienzo de su pontificado, ya constaba que comunicándose continuamente el Espíritu a la comunidad eclesial,

por esta razón la Iglesia de nuestro tiempo -época particularmente hambrienta del Espíritu, porque está hambrienta de justicia, de paz, de amor, de bondad, de fortaleza, de responsabilidad, de dignidad humana- debe concentrarse y reunirse en torno a este misterio, encontrando en él la luz y la fuerza indispensables para la propia misión (RH 18).

Y orientándose hacia el futuro, hacia el tercer milenio, añadía que "debemos mirar más abiertamente y caminar *hacia el mar abierto*, conscientes de que el viento sopla donde quiere, según la imagen empleada por Jesús en el coloquio con Nicodemo". Y subrayaba que "el Concilio Vaticano II, centrado sobre todo en el tema de la Iglesia, nos recuerda la acción del Espíritu incluso fuera del cuerpo visible de la Iglesia" (DV 53).

La Nueva Evangelización pretende recuperar primariamente la radical realidad pneumatológica de la Iglesia, de tal manera que se haga vivencia y experiencia en toda la comunidad y en cada uno de sus miembros. Desde esa perspectiva mira hacia el futuro contemplándolo como un mar abierto y desconocido, pero sabiendo que en él se encontrará con el Espíritu que "os interpretará lo que vaya viniendo" (Jn 16,13).

El catecumenado es una etapa en la vida cristiana que prepara a la persona y a la comunidad principalmente para recibir el don y la experiencia de Pentecostés. No puede olvidar, en su estructura y orientación, el cenáculo de los Hechos de los Apóstoles, donde "todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, además de María, la madre de Jesús, y sus parientes" (Hch 1,12-14), confiados en la firme esperanza de Jesús: "Recibiréis

una fuerza, el Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, para ser testigos míos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo" (Hch 1,8).

4. ALGUNAS ORIENTACIONES PARA UNA CATEQUESIS PROFETICA DE CARA AL TERCER MILENIO

A manera de síntesis, y consciente del peligro de caer en repeticiones, quiero terminar subrayando algunas conclusiones que se derivan de nuestras reflexiones anteriores.

Necesidad de promocionar una catequesis profética

Siendo fieles a los objetivos permanentes de la catequesis, ésta ha de tener en cuenta la realidad religiosa y aceleradamente cambiante de nuestro mundo, y la necesidad de la autoevangelización de la propia Iglesia para que ésta pueda realizar su misión de una manera más apta en las nuevas condiciones socio-culturales a las que ya apuntan las megatendencias presentes y operativas en nuestra humanidad actual.

La catequesis profética tiene como objetivo formar evangelizadores en el espíritu y en la dinámica de la Nueva Evangelización esencialmente abierta al futuro.

Su punto de referencia fundamental lo ha de buscar en el discipulado de Jesús, en el que se preparó a discípulos para enfrentar fiel y creativamente el futuro cristiano que iba a abrirse ante ellos a partir de Pentecostés.

Teniendo en cuenta este objetivo fundamental de la catequesis profética, reflexionamos sobre los cuatro elementos fundamentales que integran la catequesis: los catecúmenos, el catecismo, el catecumenado y el catequista.

Los catecúmenos

Han de acceder al catecumenado libremente, con un mínimo de fe o, al menos, con un interés de conocer a Jesús, recordando aquella palabra de los primeros discípulos: "Maestro, ¿dónde vives?" Y les dijo: "Venid y lo veréis. Lo acompañaron, vieron donde vivían y se quedaron aquel día con él" (Jn 1,39).

Los objetivos buscados por los catecúmenos pueden ser distintos de los pretendidos por una catequesis profética. Así ocurrió con los discípulos de Jesús que pertinazmente buscan el encuentro con un Mesías religioso y político. Hoy esto tampoco es extraño, dentro de una gama muy amplia. No es infrecuente, para ejemplificar un caso, los que pretenden sólo cumplir una condición para acceder a un determinado rito religioso, sin ulteriores consecuencias.

En estos casos es necesaria la paciencia y la firmeza pastoral. Lentamente Jesús los preparó para ser sus testigos y evangelizadores, promotores de diferentes Iglesias, sin rechazarlos en ningún momento por sus desorientaciones y fallos, aunque algunos eran bien importantes. Es fundamental el captar la capacidad progresiva de los catecúmenos.

El catecismo

Para una catequesis evangelizadora, profética y promotora de evangelizadores, el catecismo fundamental ha de ser la Biblia y especialmente el Nuevo Testamento. Los libros neotestamentarios permiten un acercamiento personal a la fe original de las primeras comunidades, a su vida y a sus problemas, a su fidelidad y a su creatividad. Simultáneamente supone una entrega del catecúmeno del gran instrumento que siempre ha de acompañar a los evangelizadores.

Junto a la Biblia suele ser conveniente un manual de iniciación y sistematización cristiana, al que solemos llamar catecismo. Lógicamente en un catecismo siempre se ha de recoger el núcleo del mensaje. El problema se plantea cuando se trata de la forma y el contexto en el que debe expresarse. Para un catecismo "profético" apunto las siguientes sugerencias.

Primero, el estilo debe ser más sapiencial que científico.

Segundo, ha de resaltar el don y el compromiso de la historia de la salvación, a la que se incorpora el catecúmeno y con la que ha de colaborar eficazmente de cara al futuro, manteniendo la oración de la esperanza cristiana: "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20).

Tercero, ha de asumir la nueva mentalidad eclesial instaurada oficialmente por el Concilio Vaticano II, y en la que se asumen y encuentran las megatendencias y orientaciones fundamentales de la Iglesia actual.

Cuarto, ha de tener en cuenta los problemas que plantea el hombre de hoy, como las inquietudes y las esperanzas de nuestra historia actual, de otra manera, como indicaba Pablo VI, el mensaje no llegará a su vida concreta.

La comunidad catecumenal

En nuestro ambiente cultural y eclesial la comunidad catecumenal es pieza fundamental para el desarrollo de una catequesis profética, si aceptamos que el catecumenado "no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana, en que los discípulos se unen con Cristo, su Maestro".

Es precisamente en el catecumenado donde se ha de experimentar y aprender a vivir ese nuevo modelo de Iglesia apuntado por el Vaticano II e impulsado por la Nueva Evangelización, como hemos visto anteriormente. Felizmente hoy tenemos dos puntos de orientación: las nuevas comunidades eclesiales de base y las aspiraciones comunitarias propuestas por el Documento de Puebla (DP 273). En el catecumenado se ha de aprender a vivir en una comunidad fraternal, que se organiza bajo el impulso del Espíritu, pluricarismática, pliriministerial y apostólicamente.

El catecumeado de hoy ha de ser escuela de oración, en la que se busca y espera la revelación del Espíritu. Ambiente en el que se desarrolla y asume progresivamente el estilo de vida cristiana sin alejarse del contexto cultural al que se pertenece. Lugar en el que progresivamente se asumen los compromisos cristianos, iniciándose experimentalmente en su ejercicio. Clima de diálogo abierto con una búsqueda del consenso de todos en la verdad y en el bien. La comunidad catecumenal ha de vivir la tensión entre el encuentro y la dispersión, entre el diálogo con los hermanos en la fe y el diálogo con los hermanos de la humanidad.

Pero la comunidad catecumenal ha de tener conciencia de su transitoriedad, rehuendo la tentación de prolongarse en una situación paralela a las otras comunidades eclesiales. Esto exige que, siguiendo las orientaciones de la Nueva Evangelización, toda la Iglesia asuma la responsabilidad de renovar profundamente su vida comunitaria, aunque teniendo conciencia de su naturaleza de nuevo Pueblo de Dios, concepto que abre a un pluriformismo de realizaciones comunitarias y de sus modos de relacionamiento entre ellas.

El catequista

El decreto *Ad Gentes*, hablando de los catequistas, dice que

ellos presiden la oración y enseñan en sus comunidades. Hay que atender convenientemente a su formación doctrinal y espiritual. E incluso es de desear que, donde parezca oportuno, se confiera a los catequistas debidamente formados misión canónica en la celebración pública de la acción litúrgica, para que sirvan a la fe con más autoridad delante del pueblo (AG 17).

El catequista de hoy debería tener como imagen a imitar y vivir al Jesús Evangelizador histórico: Amigo, maestro y buen pastor con su comunidad de discípulos; "uno de tantos" (Fil 2,7) en el contexto de su sociedad y cultura; profundamente sensibilizado a los problemas religiosos y humanos de su ambiente; consciente y comprometido en la promoción de un futuro más humano y más divino, que fundamentalmente él ya vivía en su interior y en su manera de comportarse, movido por la presencia dinámica y experimental del

Espíritu Santo. El ya era el Reino de Dios y la semilla del futuro (Jn 12,24).

El modelo fundamental del catequista-profeta queda perfectamente establecido por Jesús. En su actualización hoy se pide que el catequista haya incorporado la mentalidad eclesial del Vaticano II y, sin miedo al mundo nuevo que se está gestando, sea capaz de preparar a sus catecúmenos no para vivir en las añoranzas del pasado, ni para replegarse a la interioridad de unas comunidades aisladas e inmóviles, sino para actuar, bajo el impulso del Espíritu, como protagonistas y testigos en la construcción de un futuro más humano y más cristiano, tanto en la Iglesia como en toda la humanidad.